

Estos dos volúmenes ofrecen en un lenguaje sencillo y accesible las grandes cuestiones debatidas en la teología sacramental, tanto en el aspecto bíblico-histórico como teológico. Tienen constantemente de fondo una preocupación pastoral, desde las diferentes situaciones que hoy se dan en la Iglesia, tanto del primer mundo como del tercero.

LUIS DOMINGO

M. GELABERT, *Valoración cristiana de la experiencia*. Salamanca, Sígueme, 1990. 174 pp. ISBN 84-301-1106-9.

Pocas reflexiones más oportunas en nuestro panorama que la que M. Gelabert nos invita a emprender con este volumen. El cristianismo es una vida, pero con demasiada frecuencia no se descubre vida alguna en lo que se presenta como cristiano (p. 10). Es más, muchos de nuestros contemporáneos podrían reconocerse, quizá suavizando las aristas, en el diagnóstico de F. Nietzsche: "Ni la moral ni la religión corresponden en el cristianismo a punto alguno de la realidad... Todo este mundo ficticio tiene su raíz en el odio a lo natural (¡a la realidad!), es la expresión de una profunda aversión a lo real" (*El Anticristo*, cit. en p. 26). Movido por esta preocupación, el autor retorna sobre el problema de la experiencia cristiana, del que ya se había ocupado en estudios anteriores, y para ello analiza el concepto de experiencia (cap. 1), su relación con la realidad (cap. 2), con el interés (cap. 3), con la trascendencia (cap. 4), con la revelación (cap. 5), con el testimonio (cap. 6) y la teología (cap. 7), para concluir con una bella reflexión sobre la experiencia cristiana y la experiencia del Espíritu (cap. 8).

Es un libro sugerente, que indica las cuestiones implicadas cuando el cristianismo se caracteriza como experiencia, término que había sido mirado con recelo, desde la crisis modernista, por sus posibles ecos imanentistas o irracionistas. El autor se esfuerza por disolver las sospechas, poniendo las cosas en su justo lugar, y reivindica una categoría (junto a la de acontecimiento) sin la cual difícilmente se evita el riesgo de reducir el cristianismo a doctrina o precepto que, bajo capa de una pretendida universalidad racional más fácilmente comunicable, elimine el insuprimible carácter de evento, propio de la revelación.

El cristianismo es un hecho presente (p. 17), parte de un hecho palpable y constatable: *Verbum caro factum est*. El kerigma cristiano predica que Dios ha reconciliado consigo al mundo por medio de un acontecimiento en la historia (p.

51). La realidad divina se manifiesta "en" y no "al lado" o "por encima de" o "detrás de" lo humano, y no hay un "suplemento revelatorio al lado de las formas socio-históricas en las que se manifiesta la acción de la Iglesia o el hombre Jesús" (p. 38). De aquí el interés que tiene para el creyente la percepción de lo real, una percepción que debe ser completa, sin limitarse a las dimensiones que descubre y exclusiviza indebidamente la razón positivista (cientifismo, economicismo, historicismo).

Otro problema no menos delicado, entre los que recoge el libro, es el que plantea la influencia del interés en el conocimiento (p. 61). Desde el giro antropocéntrico de la modernidad (Descartes, Kant), el sujeto aparece como criterio de la verdad. Toda experiencia está condicionada por el sujeto que aprehende, lo cual implica, por una parte, advertir que toda comprensión está situada y, por otra, superar el puro positivismo. En los planteamientos de matriz kantiana (Gelabert sitúa aquí a Unamuno), la afirmación de Dios sólo encuentra su apoyo en el orden moral o en los intereses del hombre. Y esto conlleva medir a Dios por el impacto que puede tener en el hombre, lo cual, si bien permite recuperar el aspecto del interés y el sentido de la pregunta por Dios, tiene el peligro de llevar a la posible deducción de Dios desde el deseo del hombre, y de erigir la razón humana como criterio último de verdad (pp. 74-77). Los intentos de Blondel y Rahner se proponen una vía de diálogo que supere los límites y recoja las instancias atendibles de esta posición.

Para mostrar cómo la experiencia remite más allá de sí misma e introduce en la pregunta radical por el ser, dado que el hombre no sólo conoce el fenómeno sino que llega a lo íntimo de las cosas (p. 90), el autor nos introduce en el análisis de la relación entre experiencia y trascendencia de la mano de X. Zubiri (pp. 91-96). Concluye que la experiencia metafísica, leída en clave zubiriana, nos ofrece una buena analogía de cómo el creyente, en la misma inmanencia que ve el no creyente, descubre a Dios, realiza una experiencia religiosa del mundo (p. 96).

Sentadas las bases epistemológicas y metafísicas de la experiencia, el autor se orienta, en el tramo final del libro, a cuestiones directamente teológicas: revelación, teología, testimonio, experiencia creyente como experiencia del Espíritu. Señala acertadamente que no es posible pasar directamente del nivel metafísico al nivel teológico de la experiencia, ya que el encuentro con Dios es imprevisible, es posible sólo si Dios se hace acontecimiento (pp. 98-99). De nuevo vamos a chocar con una aparente imposibilidad metafísica: ¿es concebible experimentar al absoluto en lo relativo y contingente? Spinoza y Lessing ya dejaron en la historia el testimonio de su dificultad para aceptarlo. También Bultmann siente la preocupación de relativizar cualquier pretensión de intervención de Dios en la historia,

porque ve una incompatibilidad entre tiempo y eternidad (pp. 102-106). Emerge el problema decisivo de la relación entre historia y verdad, que el autor despliega en dos direcciones: el universal concreto y el acontecer del absoluto (problema de la mutabilidad de Dios), que sólo se iluminan correctamente a la luz del misterio de un Dios encarnado y trinitario, el Dios cristiano. El acceso a este misterio (fe) se caracteriza porque requiere una entrega, una confianza de toda la persona que desborda el conocimiento doctrinal. "Para poder conocer a fondo es menester comenzar por atender al modo como lo que quiere darse a conocer y tenemos interés en conocer (en este caso Dios) se nos hace presente" (p. 119). Aparece aquí una oportuna alusión al conocimiento por connaturalidad, al que remite Sto. Tomás al estudiar la fe.

Como se puede entrever en esta parcial descripción del contenido del libro, en torno al problema de la experiencia aparecen las preguntas principales de la teología fundamental y la teología de la revelación. El autor nos las ha presentado con orden, ofreciendo abundante documentación de los textos conciliares (sobre todo GS y DV del Concilio Vaticano II, así como *Dei Filius* del Vaticano I) y, lo que es de agradecer, dando voz en el debate a pensadores españoles (caso de Unamuno y Zubiri) junto a los clásicos (Descartes, Kant, Kierkegaard, Blondel, Bultmann, Rahner). El autor abre los problemas y muestra sus conexiones, los devuelve vivos al debate teológico, para que se pueda seguir profundizando en estas cuestiones delicadas y complejas, pero esenciales.

Hacemos tan sólo un par de observaciones al hilo de la lectura. Cabría subrayar aún más, en el apartado relativo al testimonio, su constitutiva dimensión comunitaria: el hecho cristiano es desde su mismo origen un hecho comunitario sociológicamente identificable. Por otro lado, se pueden sacar interesantes conclusiones educativas de la presentación del cristianismo como experiencia, que nos brinda el libro. Siendo la revelación un acontecimiento presente e imprevisible, pone en juego en primer lugar a la persona que lo transmite y así invita a una adhesión completa de la persona que lo encuentra (adhesión personal al Señor, a través de los testigos). Difícilmente se podrá introducir en el hecho cristiano mediante una catequesis que fuese meramente nocional o se redujese a técnicas. El proceso educativo en la fe debe tener en todos los momentos de su desarrollo ese mismo carácter de acontecimiento gratuito, para que pueda seguir sucediendo lo que sucedió al inicio.

Con el deseo de favorecer el diálogo sobre estas cuestiones, decisivas en nuestra situación actual, añadimos algunas referencias bibliográficas que pueden complementar la riqueza de la literatura ya utilizada por el autor: la obra clásica de P. Rousselot, "Les yeux de la foi": *Recherches de Science Religieuse* 1 (1910)

241-259 y 444-475, de próxima aparición en castellano. Dos ensayos de H.U. von Balthasar -a quien, si nuestra lectura ha sido atenta, se cita sólo una vez de pasada-: *Teología y santidad*: Verbum Caro (Madrid, Cristiandad, 1964) 235-268; íd., *La experiencia de la fe*: Gloria I (Madrid, Encuentro, 1985) 199-375. El número monográfico *L'«esperienza cristiana»*: *La Scuola Cattolica* 106/6 (1978). Otro gran estudioso del problema de la fe: J. Alfaro, *Fe y existencia cristiana: Revelación cristiana, fe y teología* (Salamanca, Sígueme, 1985) 89-108. Unas páginas luminosas de L. Giussani, *Estructuras de la experiencia: Educar es un riesgo* (Madrid, Encuentro, 1986) 73-80. Algunos ensayos de los profesores de la Facultad de Teología del Norte de Italia, que desde hace años trabajan sobre estos problemas: A. Bertuletti, "Il concetto di esperienza nel dibattito fondamentale della teología contemporanea": *Teología* (1980) 283-341; íd., "Sapere e libertà. Il concetto di fede e il sapere teologico": *Teología* (1984) 97-116. Estos dos artículos junto a los de G. Angelini, P. A. Sequeri, G. Colombo y otros se recogen en el volumen colectivo: *L'evidenza e la fede* (Milán, Glossa, 1988).

Concluimos dejando la palabra al autor: "En los orígenes del cristianismo tenemos una experiencia muy precisa, la experiencia del encuentro con Jesús. Unos hombres entraron en relación con Jesús de Nazaret y, fascinados, permanecieron a su lado. Poco a poco, tras muchas preguntas, muchas dudas, muchas incertidumbres y muchos mal entendidos, y tras un largo caminar, estos hombres notaron que con Jesús su vida (¡y también su muerte!) cambiaba, adquiría un sentido nuevo y un nuevo significado. Se sintieron «nacer de nuevo»" (p. 159).

JAVIER PRADES